



La Santa Sede

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PUEBLOS DE EUROPA CON MOTIVO DEL XV CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SAN BENITO

*Al venerado hermano Martino Matronola, O.S.B.
Abad de Montecassino*

El 21 de marzo próximo se inaugurará oficialmente en todo el mundo el XV centenario del nacimiento de San Benito. Este acontecimiento revestirá solemnidad particular en Montecassino ante los restos sagrados del Patriarca venerado, donde se reunirán junto a mi Secretario de Estado, el cardenal Agostino Casaroli, numerosos Embajadores, Representantes cualificados y dignos de las naciones de Europa. Será ésta una corona de agradecimiento y gloria al que fue Padre y Maestro de Europa, y a quien mi predecesor Pablo VI, de venerada memoria, proclamó Patrono principal de Europa.

Como ya dije a principios de año, "esta fecha y esta figura tienen tal elocuencia que no será suficiente una conmemoración cualquiera", y claro está que todavía tendré ocasión de hablar de éste Santo que pertenece a la historia de la Iglesia y del mundo entero. Pero en esta circunstancia me agrada dirigir a las naciones europeas, a través de sus Representantes, un mensaje paterno inspirado en la obra que realizó San Benito por designio admirable de Dios en este antiguo continente, a través de su regla y sus hijos.

En los primeros siglos siguientes a su muerte, la regla benedictina invadió pacíficamente Europa, a excepción de los países de la esfera bizantina que, sin embargo, sintieron su influencia. Además de Italia, enseguida también Galia, Inglaterra, Bélgica, Frisia, Alemania, entera y Suiza fueron sembradas de monasterios benedictinos. Pasó un poco de tiempo, y también la Península Ibérica, Holanda, Irlanda, Bohemia, Dinamarca, Suecia, Noruega, Polonia, Hungría, Dalmacia, Albania y hasta Palestina, Siria y Constantinopla conocieron la actividad santificadora y civilizadora de los hijos de San Benito.

La obra admirable que llevaron a cabo, delineada con acentos particulares por mi predecesor Pablo VI, de venerada memoria, cuando proclamó Patrono de Europa al Santo, fue obra de unión de los pueblos fundada en una misma fe cristiana. Pueblos que por historia, tradiciones, educación y carácter eran diferentes, hasta el punto de enfrentarse en guerras feroces, se sintieron todos cristianos, todos creyentes en Dios y todos hijos por la fe de un mismo Padre celestial y de la Iglesia de Roma. La misma lengua latina, hablada corrientemente por los hombres de cultura y utilizada en la liturgia, era vínculo y expresión de dicha unidad ideal.

Esta unidad de fe y sentimientos que se halla en la base de las distintas fases de la historia del alto medioevo, fue el tejido espiritual creado por los benedictinos que, por otra parte, encontraban en su regla los principios inspiradores de la educación y formación a la unidad. La consistencia de la familia monástica, formada por la regla con un jefe único que es a la vez padre y maestro responsable de todos los miembros, con una jerarquía de personas y valores bien delimitada, con el voto de estabilidad, con una reglamentación muy precisa de oración y trabajo, con relaciones fraternas alimentadas de viva caridad, era toda una escuela y un modelo para los monjes evangelizadores y para los pueblos recién evangelizados.

Esta unidad quiere ser el tema y el objeto de mi mensaje en este momento tan significativo, en que Representantes de las naciones europeas están reunidos en honor del Maestro y Padre de sus pueblos, pueblos igualmente queridos todos de la Iglesia.

Cuando desde hace tiempo se trabaja laudablemente por la unión europea —parcial por ahora todavía— y se han dado ya tantos pasos jurídicos e institucionales notables en este sentido, suscitando tantas esperanzas en las naciones interesadas, me es grato augurar la vuelta y recuperación de la unidad moral y espiritual lograda por San Benito, para que se cree un clima estable y sincero de concordia, de comprensión mutua, de orden y, consecuentemente, de paz entre los pueblos de Europa, como es deseo vehemente de todos.

El Patriarca casinense formó a los monjes y los hizo guías de las nuevas naciones "per ducatum Evangelii". El substrato de la cultura general europea ha estado impregnado de cristianismo, y afortunadamente sigue estándolo todavía. Es necesario que el Evangelio continúe siendo el libro más conocido y amado especialmente de los jóvenes y de sus educadores, para que sobre sus enseñanzas se levante y consolide una auténtica unidad de espíritus capaces de traernos la paz.

Dé mayor valor a estos deseos míos la intercesión del gran Patrono y siga irradiando su espíritu desde ese lugar sobre Europa y el mundo, hasta hacer brotar frutos de auténtico progreso cristiano y cívico.

Con estas ideas invoco sobre su persona, sobre los Embajadores de las naciones europeas y sobre todos los presentes, abundancia de favores celestiales e imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 19 de marzo de 1980, Il año de mi pontificado.

IOANNES PAULUS PP. II

© Copyright 1980 - Libreria Editrice Vaticana

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana